

I. El tiempo circadiano

“Llaga el día”

La luz de la mañana entra por los cristales, llena todo de nuevos colores, tapiza las paredes de vida, y pide a gritos que dejemos cama.

Los platos limpios y la mesa ordenada. La mirada que aprueba el trabajo cumplido.

La mano cariñosa que acaricia la frente de quien comparte los días de amor.

La voz armoniosa de la madre arrullando su frágil descendencia.

Afuera, el ruido de las hojas secas en su otoñal danza eólica.

La sonrisa de la mujer joven en la foto vieja que honra la pared.

La ropa limpia y arrugada sobre la silla de la habitación.

Los gatos dormidos decorando la cama, porque no les importa la llegada del día.

Afuera, la planta en la tierra fecunda que abre sus entrañas para dar vida.

Entre tanto pasa el tiempo y el sol, allá, lejano, soberbio e indiferente nos bendice con su magnífica presencia.

II. El tiempo circadiano

“Llega la noche o El jardín nocturno”

Cae la noche y la nocturnidad envuelve el jardín. Plantitas y hojas tímidas, cambian en la oscuridad... se vuelven osadas, y tal vez se amen a oscuras; las gotitas de rocío temerarias que caen en la tierra seca la acarician, la luna observa la sensual escena y no quiere hacer ruido, no quiere que la vean, pero está ahí, con su resplandor selenita.

El grillo les da una serenata a las rosas que altivas simulan ignorarlo, pero esperan su música. Ya sabe el insecto que son jactanciosas, pero sabe también que cada noche, esperan ansiosas el ritual sonoro como la arena espera el abrazo de la ola.

Un grupo de negras hormigas hace un alto a su poda infinita y contemplan -algunas de ellas- el grácil movimiento de las flores rosadas del cerezo, las otras, atónitas escuchan al grillo tenor.

El jazmín perfumado, blanco y exuberante, trata de dormirse, pero la curiosidad lo invade de súbito y sin querer, se vuelve también espectador y oyente del insecto cantante.

III. “El tiempo imparable y los ojos”

Las manos cansadas.

Las arrugas hostiles.

Las canas impiadosas.

El cerebro irremediablemente más lento.

Los párpados pesados y cansados por el paso del tiempo imparable.

...Pero están los ojos, siempre jóvenes los ojos, no porque no haya pasado el tiempo para ellos, son jóvenes porque nadie puede sacarles lo que vieron, lo que detenidamente miraron: el cuerpo del ser amado, la sonrisa del hijo, la melena de la hija, las manos de la madre, el mentón del padre, la imagen de belleza y juventud que

les brindaba el espejo, el cielo inmenso y azul, la fruta madura, roja y apetecible, el verde del pasto, el primer librito de cuentos, la luna llena, blanca y enorme, el mar...siempre infinito, la mesa con el desayuno y el humito saliendo de la taza, los hijos tan pequeños, tan frágiles, eternamente cachorros. Las cosas -por el cruel paso del tiempo- ya no son lo que eran, pero el ojo, fiel a sí mismo como un benévolo engañador las sigue viendo así, como quiere verlas.